Revista de Psicología de El Salvador, 1988, Vol. VII, Nº 28, 123-141
UCA, San Salvador, El Salvador, C.A.

LA VIOLENCIA POLITICA Y LA GUERRA COMO CAUSAS DEL TRAUMA PSICOSOCIAL EN EL SALVADOR*

Ignacio Martín-Baró
Departamento de Psicología y Educación
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas
San Salvador, El Salvador

RESUMEN

Frente a la imagen que de El Salvador ofrece el gobierno norteamericano como "una incipiente democracia", varios hechos cotidianos en las relaciones sociales más básicas muestran una realidad muy distinta: la de un país en guerra civil. Desde una perspectiva psicosocial, la guerra salvadoreña se puede definir por tres características: (a) la polarización social, intencionadamente buscada por los grupos rivales; (b) la mentira institucionalizada, que con el tiempo va alcanzando nuevos niveles; y (c) la violencia, que ha pasado de ser preponderantemente represiva a ser mayoritariamente bélica, con la consiguiente militarización del país. Esta situación de guerra produce un trauma psicosocial, es decir, la cristalización traumática en las personas y grupos de las relaciones sociales deshumanizadas. La polarización tiende a somatizarse, la mentira institucionalizada precipita graves problemas de identidad y la violencia aboca a una militarización de la misma mente. De ahí la urgencia de emprender una tarea psicosocial de despolarización, desideologización y desmilitarización del país.

---

* Una versión previa de este trabajo fue presentada en el "Simposio sobre inmigrantes y refugiados centroamericanos" celebrado en la Universidad estatal de San Francisco, organizado por el Departamento de Estudios La Raza, el 10 de marzo de 1988.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

1. Dos imágenes de El Salvador

Según el gobierno norteamericano, El Salvador representa el mejor ejemplo de las "nuevas democracias" latinoamericanas que habrían ido surgiendo durante la última década, en particular en el área centroamericana, donde sólo Nicaragua constituiría la excepción. Este hecho reflejaría, además, el éxito de la política exterior de Reagan hacia América Latina. Para probar su aserción sobre El Salvador, se acude a los siguientes datos:

(a) El gobierno salvadoreño fue electo en unas elecciones libres, de acuerdo a una constitución democrática;

(b) Existe en el país un creciente respeto a los derechos humanos de la población. Según el gobierno norteamericano, el 80 % de las violaciones a esos derechos que aún se producen sería causado por los rebeldes;

(c) El ejército salvadoreño se ha vuelto cada vez más profesional, sometiéndose al poder civil;

(d) Aunque todavía hay algunos problemas, por ejemplo, respecto a la satisfacción de las necesidades básicas de la población o con el funcionamiento del sistema de justicia, en buena medida hay que achacarlos a la situación creada por los grupos marxistas-leninistas que practican el terrorismo violento con el apoyo de Cuba y Nicaragua.

Lamentablemente, esta imagen del país constituye una elaboración ideológica muy propia del gobierno de Reagan, pero que poco o nada refleja la situación real de El Salvador. El carácter democrático de un gobierno no depende o, por lo menos, no sólo, de la forma como es elegido, sino de las fuerzas que día tras día determinan su actuación. Y el hecho verificable es que, a la hora de definir las políticas fundamentales de El Salvador, cuentan más los fantasmas de la "seguridad nacional" norteamericana que las necesidades más básicas del pueblo salvadoreño. Que el gobierno de Duarte tenga algún control significativo sobre la Fuerza Armada de El Salvador es algo que a ningún salvadoreño se le pasa por la cabeza, y ello sencillamente como resultado de la experiencia cotidiana sobre quién manda en la vida real. Finalmente, atribuir las principales violaciones a los derechos humanos a los rebeldes no exime al gobierno de lo que sería su parte de responsabilidad. Pero es que, además, ese juicio constituye una grosera distorsión de los datos, más propia de una campaña de "guerra psicológica" que de un aná-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

lisis objetivo sobre los acontecimientos.

¿Cuál es, entonces, la realidad de El Salvador? Examinemos una serie de hechos cotidianos que conciernen directamente al ámbito de la llamada salud mental, pero que en su concreción ponen de manifiesto una realidad muy distinta a la ofrecida por los voceros del gobierno de Reagan.

1. El Departamento de Chalatenango, al norte del país, es una de las zonas más conflictivas, sobre la que los insurgentes del FMLN ejercen control práctico buena parte del año. Una pequeña población de este Departamento apenas está habitada por unas decenas de familias campesinas muy pobres, compuestas de unos pocos hombres adultos, ancianos, mujeres y niños; no hay jóvenes. Periódicamente la Fuerza Armada lanza operativos militares que afectan a este pobladito, y que incluye bombardeos, mortereos, minados de campos, rastreos y destrucción de viviendas y cultivos. Cada vez que se inicia un operativo, la población se cobija en sus casitas, agarrotada por una serie de síntomas psicosomáticos: temblor generalizado del cuerpo, "flojera" muscular, diarrea... Un matrimonio ya anciano ha optado desde el comienzo de la guerra por esconderse en un "tatú" o refugio cada vez que se produce un operativo o que se acerca la Fuerza Armada al lugar. El resultado ha sido que el solo anuncio de un operativo le produce al señor lo que todo el pueblo conoce como "el dolor": un violento retortijón intestinal, un abrumador dolor de cabeza y una flojera generalizada que no le permite ni caminar.

En un pequeño estudio realizado recientemente en el refugio de San José Calle Real, situado en las afueras de San Salvador, con 250 personas de todas las edades (36 % de los refugiados allí), se encontró con que bastaba la presencia del ejército en las cercanías del refugio para que 87 % experimentaran temor, el 75 % sintiera taquicardia y el 64 % se viera invadido por un temblor corporal generalizado (ACISAM, 1988, págs. 12-13).

2. Usulután es otra zona al sureste del país, con dos regiones distintas: una costera, rica productora de algodón, y otra más montañosa, con amplias fincas de café. También allí tiene presencia permanente el FMLN y la Fuerza Armada realiza continuos operativos de contrainsurgencia. En el desarrollo de una serie de trabajos de encuestamiento, se pudo comprobar que los

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

soldados gubernamentales practican en forma sistemática el abuso sexual de la mujeres campesinas jóvenes que pueblan la zona. Como indicaba una de ellas, para evitar las continuas violaciones masivas, las "más listas" (son sus términos) tienen que recurrir a la protección de algún soldado u oficial, prostituyéndose con ellos y pidiéndoles que las defiendan de los demás. Por supuesto, este dato no entra en las estadísticas sobre derechos humanos de la Embajada norteamericana en San Salvador. Pero, según la información disponible, constituye una práctica común de los miembros de la Fuerza Armada y no de los del FMLN.

Cabe añadir, para complementar este dato, que, en una encuesta realizada el pasado mes de febrero, al preguntar a los campesinos cuáles creían ser las causas de la guerra, 59.1 % de los entrevistados, que se habían expresado hasta ese momento con gran espontaneidad, se mostraron atemorizados y respondieron que ellos no sabían de eso (IUDOP, 1988). Incluso cuando se les apuntaba a las huellas evidentes de la guerra —cultivos quemados, casas con señales de balas o bombas—, insistían en su ignorancia y que eso ocurría "cuando ellos no estaban". Ciertamente, si el miedo ha disminuido los últimos años entre la población del área metropolitana de San Salvador, sigue siendo una nota dominante entre el campesinado, incluso el que vive en áreas menos conflictivas del país.

3. Cada vez se producen con más frecuencias matanzas de civiles realizadas por soldados de permiso o exsoldados que arrojan granadas a una casa particular, en el interior de un bus o en medio de un baile. No es raro que los ejecutores se encuentren ebrios al realizar el acto. Los motivos suelen ser celos o deseo de afirmar su poder o "autoridad". Tan sólo en la ultima semana de febrero del presente año de 1988, la prensa ha informado sobre no menos de cuatro casos de este tipo.

4. En una investigación realizada entre abril y mayo de 1987, en la que se trataba de reproducir unos estudios realizados en Estados Unidos sobre la formación del concepto de clase social (ver Leahy, 1983), se entrevistó a más de 200 niños de diversas edades y pertenecientes a distintos sectores sociales. Una de las preguntas que se formulaban era la siguiente: "¿Qué tendría que pasar para que no hubiera pobres?" Varios de los niños entrevis-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

tados, pertenecientes a sectores socioeconómicos altos, dieron la siguiente respuesta: "Matarlos a todos". Por supuesto, este puede ser interpretado de varias maneras, y el estudio está todavía sin concluir. Pero en ninguno de los estudios desarrollados en los Estados Unidos se obtuvo este tipo de respuestas. No hay que olvidar que algunos sectores de la sociedad salvadoreña todavía plantean como solución a la guerra civil la eliminación de "todos los subversivos" a la manera de 1932, para "ganar de este modo" —o, al menos, así lo afirman— "otros cincuenta años de paz".

Bastan estos cuatro hechos —los síntomas psicosomáticos ante los operativos militares, la violación masiva de mujeres campesinas, el descontrol de la violencia criminal de soldados u oficiales y la configuración casi asesina de la mente infantil— para probar que la realidad de El Salvador es muy distinta a la ofrecida por los informes oficiales del gobierno norteamericano. Tres rasgos pueden ser de utilidad para definir esa realidad: su creciente empobrecimiento, la vigencia de una autoridad por encima de la ley y la continuidad de la guerra civil.

(a) Se trata, ante todo, de una sociedad más que pobre, empobrecida, no sólo dividida, sino violentamente desgarrada, en la que los derechos humanos más básicos de las mayorías son estructural y sistemáticamente negados. No se alude aquí a derechos como el de la libertad de prensa o el de la libertad de culto, que tanto parecen preocupar al gobierno norteamericano en Cuba o Nicaragua; se alude al derecho mucho más fundamental a conservar la vida, a comer lo suficiente, a contar con un techo donde vivir, con un trabajo en el que realizarse como ser humano, con una escuela donde educar a los hijos. ¿De qué le sirve al campesino salvadoreño que el gobierno no censure los periódicos, si ni él los puede leer, ya que es analfabeto, ni tiene dinero para comprarlos, ni sobre todo su hambre y dolor, sus sufrimientos y anhelos encuentran reflejo en ellos?

(b) La Fuerza Armada gubernamental sigue representando para la mayoría de los salvadoreños un poder atemorizante y abusivo, la "autoridad" arbitraria y omnipotente, expresión de un sistema organizado en función de las necesidades minoritarias de un diez o quince por ciento de la pobación. No se trata de negar las mejorías parciales experimentadas por el ejército salva-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

doreño, tanto en su actuación técnica como en sus relaciones con la población civil. Sin embargo, la Fuerza Armada sigue siendo en El Salvador una institución por encima de la ley, y el que respete o no los derechos de las personas queda al arbitrio de sus intereses gremiales y, lo que es peor, a la comprensión, por lo general estrecha, que de cada situación tenga el oficial local y aun el simple soldado, constituidos en "autoridad".

(c) La guerra que desde hace ocho años asola al país, y que los asesores militares norteamericanos calculan que puede extenderse todavía por seis años más, está produciendo una sistemática destrucción de la población salvadoreña. Obviamente, parte muy fundamental de esta destrucción es el número de víctimas: se calcula que ya son cerca de setenta mil los muertos en estos últimos años por causa del conflicto. Es difícil ofrecer un número preciso de heridos, aunque se sabe que, en toda confrontación bélica, por cada muerto suele haber no menos de tres heridos. Pero lo que aquí interesa subrayar no es tanto la destrucción corporal cuanto la destrucción psicosocial. Y, como se ha visto en los ejemplos presentados, el impacto de la guerra salvadoreña va desde el deterioro orgánico que aparece en los síntomas psicosomáticos hasta la criminalización aberrante en la mente infantil pasando por el desquiciamiento de las relaciones sociales, sometidas al abuso y la violencia de quienes tienen en sus manos el poder.

No es casual que se ofrezca de El Salvador una imagen democrática a pesar de que la realidad difiere drásticamente de esa imagen. El ocultamiento ideológico es parte del problema, un elemento esencial para justificar la prolongación de lo que para el gobierno de Reagan no es más que un simple "conflicto de baja intensidad", pero para el pueblo salvadoreño constituye una guerra que, tras privarle de su soberanía nacional, amenaza con destruir su identidad y hasta su misma viabilidad histórica. Por ello, conviene examinar en forma más detenida al conflicto mismo.

2. La guerra salvadoreña

Toda guerra constituye una forma de resolver un conflicto entre grupos que se caracteriza por el recurso a la violencia con la que se pretende destruir o dominar al rival. Los estudios de la psicología sobre la guerra tienden a concentrarse predominantemente en dos áreas: una de ellas busca la eficiencia de las acciones militares, ya sea estudiando las formas más efectivas de organizarse y actuar, ya sea aportando elementos propios que contribuyan al esfuerzo bélico (la llamada

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

"guerra psicológica"); el otro área se concentra en las secuelas psicológicas de la guerra y se orienta hacia su prevención y tratamiento.

Hay, sin embargo, un aspecto de la guerra de gran importancia y que debe ser analizado por la psicología social: su carácter definidor del todo social. Por su propia dinámica, una guerra tiende a convertirse en el fenómeno más englobante de la realidad de un país, el proceso dominante al que tienen que supeditarse los demás procesos sociales, económicos, políticos y culturales, y que, de manera directa o indirecta, afecta a todos los miembros de una sociedad.

Ese mismo carácter absorbente de la guerra puede llevar a ignorar la manera diferencial como afecta a los grupos y personas: lo que para unos representa la ruina supone para otros un gran negocio, y lo que a ciertos grupos pone al borde de la muerte a otros abre la posibilidad de una nueva vida. Una es la guerra que tiene que sufrir en carne propia el campesino y otra muy distinta la que en sus pantallas de televisión contempla el burgués industrial. En El Salvador, quienes van al campo de batalla son mayoritariamente los pobres, los hijos de los campesinos o de los marginados urbanos, no los hijos del patrón o del profesional.

En 1984, se pudo caracterizar la guerra civil salvadoreña desde una perspectiva psicosocial con tres notas fundamentales: (1) la violencia, que orienta los mejores recursos de cada contendiente a la destrucción del rival; (2) la polarización social, es decir, el desplazamiento de los grupos hacia extremos opuestos, con el consiguiente endurecimiento de sus respectivas posiciones ideológicas y la presión sobre las diversas instancias sociales para que se alineen con "nosotros" o con "ellos"; y (3) la mentira institucional, que supone desde la desnaturalización del objeto de las instituciones hasta el ocultamiento ideológico de la realidad social (Martín-Baró, 1984).

En lo fundamental, esta caracterización psicosocial de la guerra salvadoreña sigue siendo válida en 1988, lo cual ya es de por sí un hecho deplorable. Con todo, conviene examinar las modalidades que estas características de la guerra civil salvadoreña han ido adoptando como consecuencia de la prolongación de la guerra misma.

2.1. La polarización social

En el análisis de 1984 se indicaba que el grado de polarización social de la población salvadoreña había tocado techo y que se observaban signos

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

significativos de despolarización, es decir, esfuerzos conscientes de algunos grupos y sectores por desindentificarse respecto a ambos contendientes (Martín-Baró, 1984, pág. 507). Los procesos de polarización y despolarización no son uniformes ni mecánicos, sino que están muy relacionados con la marcha de la actividad militar así como con la evolución de la situación política misma. En este sentido, desde 1984 hasta ahora se han podido observar varios procesos importantes. Quizá el más significativo lo constituya el resurgimiento del movimiento de masas, con claras simpatías hacia la postura del FMLN. Sin embargo, el esfuerzo consciente por polarizar y llevar a las organizaciones populares desde los planteamientos laborales reivindicativos hacia posturas políticas más conscientes e incluso radicales y hasta violentas, ha producido una nueva reducción del movimiento, del que se han separado quienes no se sienten con fuerzas para entrar en esa dinámica o temen una repetición del terrorismo represivo de 1981-1982. Desde el lado gubernamental, la Fuerza Armada ha puesto en marcha varios planes de contrainsurgencia, uno de cuyos ingredientes esenciales lo constituye la llamada "guerra psicológica". Estos planes han buscado expresamente ganar "la mente y corazón" de la población civil, a fin de constituirla en el principal obstáculo frente a los rebeldes, presentados como vulgares terroristas y enemigos del pueblo.

De parte y parte se ha hecho un esfuerzo concertado y consciente no sólo por mantener la polarización social, sino por extenderla y profundizarla. A fin de lograr este objetivo, ambos contendientes han tratado de enfatizar los elementos de antagonismo, en lugar de los elementos de posible acuerdo, y han explotado cuanto han podido las fuentes del resentimiento y del odio intergrupal. Unos y otros se han presentado mutuamente como la encarnación del mal, como "el enemigo" al que hay que eliminar. Este apecto resulta más contradictorio en la propaganda gubernamental que en la del FMLN, tanto por su magnitud e intensidad, incomparablemente mayor, cuanto por el violentamiento que hace al lenguaje. Así, el mensaje transmitido bajo el lema de "unidos para reconstruir", nombre dado a la campaña contrainsurgente más ambiciosa de la Fuerza Armada en los dos últimos años, claramente decía "desunidos para destruir", o bien, "unidos uno contra otros para que acabemos con ellos".

El nivel de polarización social que se encuentra hoy en el país —más allá de momentos

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

coyunturales, como lo son los períodos electorales— es menor que el que se dió en los primeros años de la guerra civil. Mal que bien, el cansacio y la razón, el desengaño con la solución militar y las exigencias de la convivencia cotidiana, la presión internacional y la emergencia de opciones matizadas, han ido abriendo unos espacios políticos que algunos han intentado aprovechar para construir puentes y trazar horizontes nuevos. En todo caso, la cantidad de recursos dedicados a mantener viva la polarización social apunta a la creciente resistencia del pueblo salvadoreño a buscar la solución al conflicto por la vía militar, aun cuando esta resistencia pueda adoptar formas, como la inhibición o el escepticismo, no siempre constructivas ni social ni personalmente.

Pero, aun cuando el nivel de polarización social ha tendido a disminuir y se da una resistencia popular sorda a todo esfuerzo por radicalizar más el conflicto, las campañas por polarizar mantienen al país en un ambiente de tensión que no sólo es bélica, sino también psicosocial: se ideologizan los hechos, se demoniza a las personas, se criminaliza la utilización de aquellos mismos espacios políticos que la evolución del conflicto ha obligado a abrir. Todo lo cual lleva a un aparente empantanamiento de la confrontación social y a hacer muy difícil el establecimiento de ámbitos para una interacción de los diversos grupos sociales de cara a objetivos de interés común. Por eso el gobierno de Duarte se encontró con un serio problema cuando se vio obligado a cumplir los acuerdos de Esquipulas II en contra de su principal fuente de poder, los Estados Unidos, y con la abierta reticencia de la Fuerza Armada. De hecho, no le quedó más recurso que acudir al expediente de un cumplimiento formalista, que más sirvió de justificación para continuar con la guerra que de peldaño para acercarse a la paz.

2.2. La mentira institucionalizada

El ocultamiento sistemático de la realidad sigue siendo una de las características fundamentales de la guerra salvadoreña. Este ocultamiento adopta diversas modalidades:

(a) Ante todo, se trata de crear una versión oficial de los hechos, una "historia oficial", que ignora aspectos cruciales de la realidad, distorsiona otros e incluso falsea o inventa otros. Esta historia oficial se impone a través de un despliegue propagandístico intenso y muy agresivo, al que se respalda incluso poniendo en juego todo el peso de los

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

más altos cargos oficiales. Así, por ejemplo, el presidente de la República se constituyó en garante público de la versión que pretendió inculpar al FMLN por el asesinato del presidente de la Comisión no gubernamental de Derechos Humanos, Herbert Anaya Sanabria.

(b) Cuando, por cualquier circunstancia, aparecen a la luz pública hechos que contradicen frontalmente la "historia oficial", se tiende alrededor de ellos un "cordón sanitario", un círculo de silencio que los relega a un rápido olvido o a un pasado, presuntamente superado por la evolución de los acontecimientos. Las continuas violaciones a los derechos humanos de los miembros de la Fuerza Armada entran obviamente en este ámbito del silencio encubridor.

(c) La expresión pública de la realidad, la denuncia de las violaciones a los derechos humanos y, sobre todo, el desenmascaramiento de la historia oficial, de la mentira institucionalizada, son consideradas actividades "subversivas" —y en realidad lo son, ya que subvierten el orden de mentira establecido. Se llega a sí a la paradoja de que quien se atreve a nombrar la realidad o a denunciar los atropellos se convierte por lo menos en reo de la justicia. Lo que importa no es si los hechos referidos son o no ciertos, lo que siempre es negado a priori; lo que importa es que se nombren. No son las realidades las que cuentan, sino las imágenes. Así, por ejemplo, cuando el Obispo auxiliar de San Salvador, Monseñor Rosa Chávez, denunció a miembros de la Primera Brigada de Infantería como los autores de un triple asesinato, con todas las características de un "escuadrón de la muerte", fue inmediatamente criminalizado por las máximas autoridades civiles y militares; al Obispo le tocaba probar su "inocencia", él era el reo, sin que pareciera importar mucho que el hecho denunciado fuera realmente cierto o no.

(d) Un elemento adicional de mentira lo constituye el grado de corrupción que ha permeado progresiva y aceleradamente a los diversos organismos estatales y a los nuevos funcionarios democristianos. Por supuesto, ello no representa ninguna novedad histórica en un gobierno salvadoreño; lo que sí es nuevo es que la corrupción haya invadido en tal grado a los miembros de

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

un partido que, hasta ese momento, había tenido un comportamiento relativamente honesto y cuyo discurso moralizante y presuntamente de inspiración cristiana es lo más opuesto al aprovechamiento privado de los recursos públicos. El abrumador contraste entre el discurso político y el proceder real de los miembros de la Democracia Cristiana en el poder establece un nuevo nivel de engaño y mentira, tanto más hiriente cuanto que se produce en circunstancias de extremada pobreza y dificultad para la mayoría del pueblo salvadoreño. El juicio más favorable que hoy se oye sobre la corrupción de los gobernantes democristianos es que en nada difiere de la de gobiernos anteriores a 1979 —precisamente aquellos gobiernos cuyo proceder contribuyó a precipitar la guerra civil.

Como una contradicción significatica que se produce en el marco de este ambiente de mentira institucionalizada surgen en El Salvador una serie de programas noticiosos de TV que disfrutan y hacen uso efectivo de una notable libertad. Hay actualmente en El Salvador no menos de cuatro telenoticieros ("Al día", "Teleprensa", "El noticiero" y "TCS noticias") así como una serie de programas vinculados a ellos que ofrecen al público una información mucho más cercanas a los hechos que la de la "historia oficial", así como la oportunidad de conocer opiniones y juicios de todo tipo de personas, sin excluir las más críticas sobre el proceso. Cómo y por qué esto ha sido posible, cuando hasta hace poco se dinamitaban radios y periódicos opositores, y cuando aún se sigue interfiriendo sistemáticamente a las emisoras del FMLN, no es del caso analizarlo aquí. Esto no quiere decir que no existan presiones oficiales o paraoficiales sobre estos programas, o que no se haga esfuerzos concertados por asimilarlos (cooptarlos) en beneficio del sistema establecido. De hecho, junto a la aparición de estos programas se ha dado también el establecimiento del Ministerio de Cultura y Comunicaciones, claramente orientado a la "guerra psicológica" y a contrarrestar toda posible brecha a la "historia oficial".

2.3. La violencia

Como se sabe, la violencia bélica en la guerra salvadoreña tiene dos vertientes: por un lado, el de la confrontación militar abierta, independientemente del mayor o menor convencionalismo que tenga; por otro lado, el de la represión paramilitar encubierta, dirigida no ya contra combatientes, sino contra todos aquellos sectores o grupos de la

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

población que apoyan o simpatizan con los insurgentes, o de quienes se sospecha que pueden apoyar o simpatizar con ellos.

En un primer momento, la guerra salvadoreña se caracterizó por un mínimo de acciones militares abiertas y un máximo de acciones paramilitares encubiertas. Los "escuadrones de la muerte" y no los batallones fueron los principales instrumentos bélicos del gobierno para mantenerse en el poder frente al acoso popular y revolucionario. Sin embargo, con la prolongación de la guerra y las exigencias propias del proyecto contrainsurgente promovido por Estados Unidos para El Salvador, esta relación se ha ido invirtiendo y, mientras las confrontaciones militares han ido adquiriendo una importancia primordial, la represión ha sido relegada a un plano menos relevante. Es un hecho, continuamente aireado por el gobierno norteamericano, que se ha producido una significativa reducción en el número de personas torturadas, asesinadas o "desaparecidas" atribuibles a las fuerzas gubernamentales; mucho más cuestionable es la afirmación de que las violaciones del FMLN a los derechos humanos han ido en aumento y de que la mayoría de las violaciones que hoy ocurren en El Salvador son causadas por ellos. En todo caso, cabe hacer dos afirmaciones factuales: (a) el número de víctimas, muertos y heridos, en la confrontación militar es actualmente mucho más elevado que el de víctimas de la represión; (b) el número de víctimas de la represión se ha reducido, pero todavía es incluso más elevado del que se daba con anterioridad a la guerra y que fue condenado como inaceptable por diversos organismos internacionales.

Este cambio en la dirección de la guerra ha arrastrado un fenómeno paralelo en el orden social: se ha pasado de un orden mantenido por el terrorismo de estado a un orden militarizado. En El Salvador se ha producido una militarización de la sociedad y de la vida colectiva, y ello tanto en las zonas controladas por el gobierno como en aquellas controladas por el FMLN —sin que con esto se pretenda soslayar las claras diferencias que hay entre ambos casos.

La militarización del orden social significa, por lo menos, dos cosas: (a) los oficiales militares tienden a ocupar la mayor parte de los puestos claves del ordenamiento institucional; (b) la instancia militar se convierte en el criterio de validez y aun de posibilidad de cualquier actividad. Dicho en otros términos, difícilmente se puede desarrollar alguna actividad o empresa de cierta importancia en el país que no cuente primero

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

con el aval institucional de la Fuerza Armada o con el patrocinio personal de algún militar. La vigilancia que abiertamente los militares ejercen alrededor de los centros de producción o el control que establecen sobre los diversos sistemas de comunicación no es sino la expresión más visible de su creciente poder sobre el funcionamiento de la sociedad salvadoreña.

3. El trauma psicosocial

Si los seres humanos somos productos históricos, es obvio pensar que esta particular historia de guerra de El Salvador tendrá que repercutir de alguna manera en sus habitantes. No es necesario asumir alguna de las visiones psicológicas tradicionales sobre la personalidad básica para comprender que algún impacto importante tiene que tener la prolongación de la guerra civil en la manera de ser y de actuar de los salvadoreños. Es este impacto el que aquí se caracteriza como trauma psicosocial.

3.1. Carácter del trauma psicosocial de la guerra

Etimológicamente, trauma significa herida. En psicología, se suele hablar de trauma para referirse a una vivencia o experiencia que afecta de tal manera a la persona que la deja marcada, es decir, deja en ella un residuo permanente. Si se utiliza el término de trauma es porque se entiende que este residuo es negativo, que se trata de una herida, es decir, de una huella desfavorable para la vida de la persona.

Por lo general se califica como *trauma psíquico* la particular herida que una experiencia difícil o excepcional —la muerte de un ser querido, una situación de particular tensión o sufrimiento, algún hecho dolorosamente frustrante— deja en una persona concreta. Así, por ejemplo, un niño que ve morir a sus padres en un accidente o en un incendio. A veces, y en sentido ya más análogo, se utiliza el término *trauma social* para referirse a cómo algún proceso histórico puede haber dejado afectada a toda una población. Este sería el caso, por ejemplo, del pueblo alemán y del pueblo judío tras la experiencia de la "solución final".

Aquí se utiliza el término nada usual de *trauma psicosocial* para enfatizar el carácter esencialmente dialéctico de la herida causada por la vivencia prolongada de una guerra como la que se da en El Salvador. Con ello no se quiere decir que se produzca algún efecto uniforme o común a toda la población o que de la experiencia de la guerra pueda presumirse algún impacto mecánico en las personas; precisamente si se habla

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

del carácter dialéctico del trauma psicosocial es para subrayar que la herida o afectación dependerá de la peculiar vivencia de cada individuo, vivencia condicionada por su extracción social, por su grado de participación en el conflicto así como por otras características de su personalidad y experiencia (ver Martín-Baró, 1984, págs. 509-511). El sufrimiento que acarrea la guerra ofrece incluso a algunas personas la oportunidad de crecer humanamente. El desempeño público de alguien como el Arzobispo mártir de San Salvador, Monseñor Oscar Arnulfo Romero, muestra paradigmáticamente el crecimiento de una persona a medida que arreciaban las persecuciones y los ataques contra él. Msr. Romero no es más que el caso mejor conocido de otros muchos salvadoreños a los que la guerra les ha dado la oportunidad de desarrollar excepcionales virtudes humanas de limpio altruismo y amor solidario.

Pero al hablar de trauma psicosocial se quiere subrayar también otros dos aspectos, que con frecuencia tienden a olvidarse: (a) que la herida que afecta a las personas ha sido producida socialmente, es decir que sus raíces no se encuentran en el individuo sino en su sociedad, y (b) que su misma naturaleza se alimenta y mantiene en la relación entre el individuo y la sociedad, a través de diversas mediaciones institucionales, grupales e incluso individuales. Lo cual tiene obvias e importantes consecuencias a la hora de determinar qué debe hacerse para superar estos traumas.

3.2. El trauma psisocial como deshumanización

Joaquín Samayoa (1987, pág. 215) mantiene que los cambios cognoscitivos y comportamentales ocasionados por la guerra acarrean un proceso de deshumanización, entendido como el empobrecimiento de cuatro importantes capacidades del ser humano: (a) su capacidad de pensar lúcidamente, (b) su capacidad de comunicarse con veracidad, (c) su sensibilidad frente al sufrimiento ajeno, y (d) su esperanza.

¿Cuáles son esos cambios cognoscitivos y comportamentales ocasionados por la necesidad de adaptarse a la guerra y que precipitarían la deshumanización de las personas? Samayoa menciona cinco: (1) la desatención selectiva y el aferramiento a prejuicios, (2) la absolutización, idealización y rigidez ideológica, (3) el escepticismo evasivo, (4) la defensa paranoide, y (5) el odio y deseo de venganza. Ahora bien, a la hora de examinar cómo surgen y se van configurando estos esquemas cognoscitivos y comportamentales, Samayoa señala tres

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

dinamismos adaptativos o de supervivencia: (a) la inseguridad frente al propio destino, (b) la carencia de propósito y aun de sentido en lo que se tiene que hacer, y (c) la necesidad de vinculación o pertenencia personal a algún grupo.

Una línea distinta de pensamiento ha sido desarrollada desde su experiencia psicoterapéutica en Chile por el grupo encabezado por Elizabeth Lira (1985-1986). Según ese grupo, una situación de terrorismo estatal como la que se vive en el Chile de Pinochet provoca en las personas un estado de miedo y, aunque el miedo es una vivencia subjetiva y hasta cierto punto privada, "al producirse simultáneamente en miles de personas en una sociedad, adquiere una relevancia insospechada en la conducta social y política" (pág. 51). Cuatro serían según este grupo de psicólogos las principales características psicológicas de los procesos desencadenados por el miedo: (1) la sensación de vulnerabilidad, (2) un estado exacerbado de alerta, (3) el sentimiento de impotencia o pérdida de control sobre la propia vida, y (4) una alteración del sentido de realidad, al volverse imposible validar objetivamente las propias experiencias y conocimientos.

Los planteamientos de Samayoa y del grupo chileno son complementarios: mientras en un caso se subraya el papel de los aspectos cognoscitivos y comportamentales, en el otro se enfatiza la mediación de un elemento afectivo, el miedo. Nos encontramos así con los tres constitutivos clásicos del análisis psicológico: el conocimiento, el afecto y el comportamiento —que algunos sustituyen por la volición.

Conviene, sin embargo, señalar las limitaciones de ambos modelos. En el caso de los chilenos, es claro que su análisis se reduce a aquellos sectores de la población que han constituido el blanco de la represión pinochetista; quedarían, por tanto, excluidos los sectores de la población favorables a Pinochet, quienes más que miedo habrían experimentado frecuentemente satisfacción y seguridad con una política que garantizaba su dominio de clase.

El enfoque de Samayoa es más amplio y, en principio, puede aplicarse a todos los sectores de la población, ya que todos tienen que adaptarse a las nuevas circunstancias históricas. Pero es precisamente ese papel tan nuclear atribuido a la adaptación lo que encuentro insatisfactorio de este enfoque. Parecería que los grupos y personas son externos a la situación de guerra, a la que se verían obligados a adaptarse. Se trataría, entonces, de una

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

concepción fundamentalmente respondiente y aun pasiva de las personas frente a las realidades históricas. Por el contrario, los datos llevan a afirmar el papel esencial y activo que desempeñan los grupos y personas como sujetos de la historia, por más alienadamente que la vivan. Sin duda, para muchos salvadoreños la guerra es algo que se les impone; pero para no pocos la guerra es algo que ellos mismos contribuyen a propiciar y desarrollar y, por consiguiente, mal se entiende su participación en esos procesos si se la mira desde una perspectiva simplemente adaptacionista. Probablemente, Samayoa no pretende negar esto, pero su modelo arrastra esa limitación o, por lo menos, deja abierta esa ambigüedad.

3.3. Cristalización de relaciones sociales

Desde nuestra perspectiva, creemos que la mejor manera de comprender el trauma psicosocial que experimentan hoy los habitantes de El Salvador es concebirlo como la cristalización o materialización en las personas de las relaciones sociales de guerra que se viven en el país. No se oculta que subyace a este planteamiento la comprensión del ser humano como producto de una historia peculiar, que en cada caso se concreta en las relaciones sociales de las que el individuo es parte activa y pasiva. Se sigue de ahí que el carácter de las principales relaciones sociales irá tomando cuerpo en las personas. Qué papel jueguen cada uno de los elementos psíquicos —conocimientos, afectos, voliciones— habrá que examinarlo en cada situación, pero en principio es el todo de las personas lo que va siendo afectado por la vivencia de unas relaciones de guerra. De ahí mismo se sigue que cada persona será afectada de acuerdo a su particular ubicación social y a su concreta manera de participar en los procesos de la guerra.

El trauma psicosocial experimentado por las personas denota entonces unas relaciones sociales enajenantes, que niegan el carácter humano del "enemigo" al que se rechaza como interlocutor en cuanto tal y al que incluso se busca destruir. La afirmación de la propia personalidad es afectada por la deshumanización del otro frente al que dialécticamente se construye.

Si la guerra de El Salvador se caracteriza por la polarización social, la mentira institucionalizada y la militarización de la vida social, hay que examinar cómo estos tres aspectos sobresalientes de las relaciones sociales van cristalizando en las personas. No se trata de buscar una correspondencia mecánica que cosificaría lo que no

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

son sino aspectos analíticos de una realidad histórica; pero sí de ver cómo la especificidad de la guerra salvadoreña va marcando a los grupos y personas, es decir, cómo va cristalizando en un trauma psicosocial. Lo que siguen son unas hipótesis que intentan dar razón de los trastornos ya encontrado pero que, como hipótesis de trabajo, deberán ser sometidas a verificación empírica.

En primer lugar, creemos que las diversas formas de somatización constituyen el enraizamiento corporal de la polarización social. No se afirma que todo proceso de polarización acabe echando raíces en el organismo ni que todo trastorno psicosomático deba atribuirse a la vivencia de la polarización bélica; lo que se dice es que la experiencia aguda de la polarización puede enraizarse y con frecuencia lo hace en el propio cuerpo. No es de extrañar, entonces, que los grupos y personas más propensas a experimentar este tipo de trastornos sean aquellos que son atenazados por el desgarrón de la polarización: los habitantes de lugares que pasan continuamente del control de un bando al de otro, o aquellos que son sometidos a un intenso bombardeo ideológico por una u otra parte sin poder afirmar la propia opción, e incluso aquellos que tienen que forzarse a sí mismos a asumir posturas extremas y rígidas en favor de su grupo. Al desquiciamiento social corresponde el desquiciamiento personal y aun somático, hasta llegar a formas complejas de alienación psicótica observadas en algunos jóvenes de poblaciones conflictivas.

En segundo lugar, el clima imperante de mentira permea negativamente los fundamentos de la identidad de las personas, y ello de diversos modos. Ante todo, porque la obnubilación de la realidad genera un desconyuntamiento esquizoide entre las vivencias subjetivas y la vida social, que no ofrece un campo para la formalización validadora del propio conocimiento o, en el mejor de los casos, lo refiere a un círculo social excesivamente restringido. A esta dificultad de formalización validante corresponde tanto el sentimiento de inseguridad sobre lo que se piensa como el escepticismo frente a las diversas opciones sociales y políticas. Cuando la mentira tiene que ser asumida como forma de vida y las personas se ven forzadas a llevar una doble existencia —el caso de todos los que trabajan en la clandestinidad— el problema se agrava, no tanto porque no se encuentre manera de formalizar y validar la propia experiencia, cuanto porque la necesidad de actuar en dos planos termina por ocasionar una confusión ética y vivencial. No pocos ter-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

minan por abandonar ese estilo de vida tan desgarrador, lo que a menudo produce una devaluación de la propia imagen y un sentimiento de culpabilidad frente a las propias convicciones y frente a los antiguos compañeros de lucha. Lira y sus colegas han analizado con claridad los problemas de identidad derivados de la imposibilidad de organizar la vida de acuerdo con los propios valores políticos cuando estos valores son contrarios al régimen establecido (Lira y otros, 1985-1986; Weinstein, 1987).

Finalmente, la militarización de la vida social puede ocasionar una progresiva militarización de la mente. Una vez más, no se trata de un efecto simple ni mecánico; pero no parece haber muchas dudas que la violencia casi compulsiva que se apodera de las relaciones interpersonales, incluso las más íntimas, así como la destructividad sociópata que ponen de manifiesto algunos miembros o ex-miembros de las fuerzas militares, están instrínsecamente relacionadas con la preponderancia creciente de las formas de pensar, sentir y actuar militares en la vida social. El aspecto más grave de esta militarización psicosocial se da cuando se convierte en forma normal de ser, transmitida por los procesos de socialización, como ocurre en los niños que ingenuamente afirman que para acabar con la pobreza hay que matar a todos los pobres.

4. Conclusión: la tarea psicosocial

La prolongación indefinida de la guerra supone la normalización de este tipo de relaciones sociales deshumanizantes cuyo impacto en las personas va desde el desgarramiento somático hasta la estructuración mental, pasando por el debilitamiento de la personalidad que no encuentra la posibilidad de afirmar con autenticidad su propia identidad. No se puede entender entonces las crisis orgánicas sin su referente de tensión polarizadora, como no se comprende la inhibición sociopolítica sino frente al clima de mentira institucionalizada o el estereotipamiento ideológico frente a la militarización de la vida social. Pero, a su vez, las personas que se van formando en este contexto, van a asumir como connatural el desprecio por la vida humana, la ley del más fuerte como criterio social y la corrupción como estilo de vida, precipitando así un grave círculo vicioso que tiende a perpetuar la guerra tanto objetiva como subjetivamente.

No es el objetivo del presente trabajo examinar las formas como debe enfrentarse este problema. Pero a todas luces aparece la insuficiencia de la

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

psicoterapia, individual o grupal, entendida como un proceso de intervención psicológica. Por supuesto, no se trata de abandonar a su suerte a aquellas personas que sufren ya en carne propia el estrago alienador de la guerra. Lo que se afirma es que este esfuerzo es insuficiente, incluso en el caso de los mismos individuos involucrados. Mientras no se produzca un significativo cambio en las relaciones sociales (estructurales, grupales e interpersonales) tal como hoy se dan en el país, el tratamiento particular de sus consecuencias será cuando mucho incompleto.

En El Salvador es necesario iniciar un intenso trabajo de despolarización, desideologización y desmilitarización que sanee las relaciones sociales y permita a las personas elaborar su historia en un contexto interpersonal diferente al actual. Dicho en términos positivos, es necesario trabajar por establecer un nuevo marco para la convivencia, un nuevo "contrato social" en el mejor de los sentidos que permita la interacción colectiva sin que la discrepancia se convierta en negación mutua; hay que trabajar por un sinceramiento social, que lleve a conocer las realidades antes de definirlas, a aceptar los hechos antes de interpretarlos; hay, finalmente, que esforzarse por educar en la razón y no en la fuerza, de manera que la convivencia se funde en la complementariedad mutua para resolver los problemas y no en la violencia para imponer la propia alternativa.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ACISAM. (1988). Presencia del ejército en el refugio de San José Calle Real: Una vivencia amedrentadora. *Avance* (San Salvador), enero de 1988.

IUDOP (Instituto Universitario de Opinión Pública). (1988). *Las condiciones de vida del campesino salvadoreño desde su propia perspectiva.* Serie Informes Nº 13. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

Leahy, Robert L. (1983). (Ed.) *The child's construction of social inequality.* New York: Academic Press.

Lira, Elizabeth, Weinstein, Eugenia y Salamovich, Sofía. (1985-1986). El miedo: un enfoque psicosocial. *Revista chilena de psicología, VIII,* 51-56.

Martín-Baró, Ignacio. (1984). Guerra y salud mental. *ECA, 429-430,* 503-514.

Samayoa, Joaquín. (1987). Guerra y deshumanización: una perspectiva psicosocial. *ECA, 461,* 213-225.

Weinstein, Eugenia. (1987). Problemática psicológica del exilio en Chile. Algunas orientaciones psicoterapéuticas. *Boletín de Psicología* (UCA, San Salvador), *23,* 21-38.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas